



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**PERFILES  
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

**Marsiske, Renate (1998)**

**“RESEÑA: ESCUELA, HISTORIA Y PODER -MIRADAS DESDE  
AMÉRICA LATINA-”**

**en Perfiles Educativos, Vol. 20 No. 79-80 pp. 153-156.**

# Escuela, historia y poder —miradas desde América Latina—

ALBERTO MARTÍNEZ BOOM, Y MARIANO NARODOWSKI (COMPILADORES)

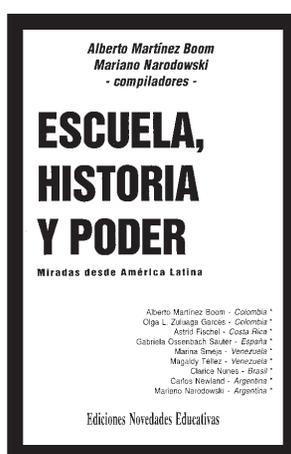
Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas, 1996, pp.

por RENATE MARSISKE\*

**E**n América Latina podemos constatar una notable falta de desarrollo de teorías propias en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades; las investigaciones en estas diferentes áreas del conocimiento o copian teorías desarrolladas en otras áreas geográficas u omiten la discusión de cualquier marco teórico.

Lo anterior incluye por supuesto la historia de la educación, campo de trabajo académico reciente y en pleno proceso de consolidación. La historia de la educación, interdisciplinaria por necesidad en donde colaboran principalmente historiadores, sociólogos y pedagogos desde sus diferentes enfoques disciplinarios, es un campo relativamente nuevo, igual que las demás historias específicas como la historia económica o la historia de la familia. Influenciados por la Escuela de los Annales, los historiadores latinoamericanos descubrieron que hay otras formas de hacer historia y hay ob-

\* Investigadora del CESU-UNAM.



jetos de interés histórico más allá de la tradicional historia política. Sin embargo, parecía que la insistencia en las estructuras y los contextos educativos habían dejado de lado a los individuos. Parecía que la historia social de la educación se refería únicamente a la relación entre educación y Estado, y se estudiaba como parte de la totalidad social, por tanto regida por los mismos ritmos y factores que gobiernan la sociedad en su conjunto. Pero en los últimos años podemos observar en la historiografía de la educación un regreso a los actores

de la historia y una insistencia en historiar la práctica y las reformas educativas.

En este contexto habían proliferado gran variedad de estudios sobre los diferentes aspectos de la educación en casi todos los países latinoamericanos. Sin embargo, hasta ahora son muy escasos o casi inexistentes los trabajos sobre problemas teóricos o metodológicos de historia de la educación, con algunas excepciones, sobre todo en Argentina y Brasil (véase Héctor Rubén, Cucuzza, *Historia de la educación en debate*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 1996).

En este contexto hay que entender la importancia del texto que nos ocupa hoy. Tomando como ejemplo la escuela, su relación con el Estado, con el entorno político, económico, religioso y social se discuten aquí problemas teóricos del quehacer de un historiador de la educación. Los compiladores argumentan que "es posible hallar [...] unas líneas constantes que definirían la

configuración de la escuela para toda la sociedad occidental. Pero además, es también posible encontrar características bien propias que no se derivan directamente de los lineamientos más generales de dicha configuración, sino que son producto de una cierta especificidad cronológica, espacial y en donde predominan diferentes acontecimientos respecto del tiempo o el lugar de origen". De allí nacen, según Martínez Bloom y Narodowski, formas específicas de institucionalización de la escolarización basadas en disimilitudes históricas y sociales, es decir, la escolarización en América Latina contiene algunas líneas constantes que parecen ser típicas de la cultura occidental, pero que sufren un proceso de adecuación histórica y que pueden expresarse regional, nacional o localmente.

A partir de este marco, en el que es posible inscribir acontecimientos diversos unidos por un escenario común, la investigación en historia de la educación parece demostrar la existencia de formas propias de identidad en América Latina, no como *desiderandum* político, sino como algo que estaría diferenciando el desarrollo de esta región de aquel que diera lugar a las experiencias europeas. "La referencia a una identidad en el desarrollo histórico de América Latina permite pensar que

la posibilidad de construir estudios comparados en historia de la educación latinoamericana va dejando de ser tanto una expresión de voluntarismo regional como de conformar un intento normalizador de las diferencias entre regiones y países" (p.14). De manera que Alberto Martínez Bloom y Mariano Narodowski, autores del primer capítulo del libro que se entiende como introducción a Escuela, historia y poder afirman que la identidad en los procesos no es un objetivo político al que sea necesario arribar ni un presupuesto que sea necesario verificar, sino es el producto teórico de las evidencias de investigación que los estudios historiográficos vienen generando.

En el libro podemos distinguir trabajos teóricos como son los de Olga Lucía Zuluaga y Alberto Martínez Bloom, de Marina Smeja y Magaldy Tellez, de Clarice Nunes y el de Mariano Narodowski, y capítulos referentes a temas más concretos dentro del ámbito de historia de la educación, como son los escritos por Carlos Newland, Astrid Fischel y Gabriela Ossenbach.

El trabajo de Carlos Newland, "La educación elemental en Hispanoamérica en el siglo XVIII: permanencia y cambio en un entorno colonial" intenta presentar un esquema general de la educa-

ción elemental durante el último siglo del régimen colonial en América Latina. De manera muy sintética y con especial énfasis en el desarrollo en los países del continente sudamericano, menos en el de la Nueva España, se describe tanto la consolidación de las instituciones educativas que venían desarrollándose desde la conquista, como la serie de cambios institucionales y de contenidos que anticiparon las transformaciones educativas ocurridas en el siglo XIX.

La disminución de la oferta de enseñanza causada por la política estatal, la expulsión de los jesuitas, el decreto de desamortización y las restricciones a las actividades educativas de los conventos femeninos, se vio compensado por una creciente actividad educativa por parte de otras instituciones religiosas, particulares laicas y de los ayuntamientos. Según el autor, ya a finales del siglo XVIII, se comenzó a hablar de la educación elemental como un tema de preocupación pública y se utilizaron argumentos sobre la necesidad social de la instrucción, que después serían repetidos por los reformadores educativos decimonónicos. Esta nueva idea que aparece con fuerza creciente en escritos y documentos oficiales a fines del siglo XVIII es que al Estado le competen los asuntos educativos. Se comenza-

ron a invocar, en favor de la enseñanza, argumentos de tipo social y económico, en lugar de razones individuales o religiosas.

El capítulo de Astrid Fischel “Historiografía y educación en Costa Rica: un aporte” parte de una investigación de la autora denominada “El uso ingenioso de la ideología en Costa Rica” y nos ofrece un repaso de la historiografía de la educación en Costa Rica, en el cual propone una periodización que comprende los años de 1880 a 1930. En una visión comparativa y en contraste con otros países latinoamericanos, los grupos que han detentado el poder político en Costa Rica han sido capaces de enfrentar la mayor parte de las amenazas al orden establecido sin el recurso a la violencia o a la represión. Con el empleo certero de la ideología, la fuerza política acumulada por algunos sectores populares durante ciertas coyunturas pudo ser minimizada o desmembrada de manera significativa. Para los investigadores interesados en la historia de la educación en Costa Rica, este capítulo será de gran utilidad.

Gabriela Ossenbach Sauter en su trabajo “Las transformaciones del Estado y de la educación pública en América Latina en los siglos XIX y XX” propone algunos parámetros de interpretación de la políti-

ca educativa pública en Latinoamérica en relación con las necesidades de institucionalización de los nuevos estados después de la Independencia. Partiendo de una definición del origen del estado oligárquico en el siglo XIX se extiende el análisis hasta el presente. Es un esquema de interpretación útil para los investigadores y estimula a reflexionar sobre las tareas públicas de los estados latinoamericanos que parecen querer abandonar.

Olga Lucía Zuluaga y Alberto Martínez discuten en su contribución “Historia de la educación y de la pedagogía: desplazamientos y planteamientos” la diferencia entre historia de la educación e historia de la pedagogía, ya que pareciera que la mirada de los historiadores se focaliza en describir lo educativo a partir de factores económicos y políticos, buscando poner a prueba tesis estructurales sobre lo social con pretexto de análisis educativo. Ellos proponen, en cambio, deshacerse de las periodizaciones que dependen de los desarrollos globales políticos y periodizar de manera diferente la historia de las prácticas pedagógicas; aquí encontramos un enfoque contrario al de la historia total; se exige multiplicar historias diversas que abren caminos hacia historias específicas. Según los autores, una historia de la educa-

ción es posible a partir del análisis de educación y pedagogía como prácticas, liberándose de periodizaciones válidas para todo tipo de acontecimientos y nos lo muestran con ejemplos de la historia de la educación en Colombia.

También Marina Smeja y Magaldy Téllez buscan en su capítulo “Una mirada crítica a las prácticas discursivas dominantes en el campo de la historia de la educación en Venezuela” la posibilidad para un replanteamiento de la investigación histórica en el ámbito de la educación y la pedagogía a partir de una crítica de los trabajos en historia de la educación en Venezuela. Para ello se apoyan en la concepción y práctica de los análisis genealógicos foucaultianos, los cuales ponen en juego la disolución del discurso histórico como reconstrucción de encadenamientos, de continuidades y sucesiones ininterrumpidas. Como los anteriores autores, pero usando el abstracto discurso de Foucault, abogan por un nuevo entender de la historia de la educación como una trama de fuerzas cambiantes, móviles, que corresponden al azar de luchas y no a una mecánica preconcebida.

El trabajo de Clarice Nunes “Narrativa e historia de la educación: algunas reflexiones” se entiende en el contexto de un resurgimiento de la narrativa histórica, sobre todo en Fran-

cia en los años noventa, después de que las limitaciones de una historia social enfocada a estructuras y abstracciones parecía llevar a resultados poco satisfactorios. Basándose en una extensa bibliografía sobre el tema, la autora discute la relación entre narrativa e historia en su entorno teórico-empírico, proponiendo una historia de la educación que condensa las posibilidades y desafíos de una práctica educativa.

Por último, Mariano Narodowski apunta los problemas de una periodización macropolítica en historia de la educación y basándose en *La arqueología del saber*, de Michel Foucault, propone en vez de un modelo totalizador un modelo reticulado, que pretende captar relaciones más complejas: “[...] una mirada parcial, táctica y menos pretenciosa puede captar un sinnúmero de singularidades, una enorme cantidad de especificidades propias de lo educacional (de las ideas pedagógicas y de los fenómenos microinstitucionales) que rebasen el ámbito de lo jurídico y de las políticas públicas para su-

mergirse en fenómenos tal vez menos evidentes pero determinantes” (p.156).

Los investigadores latinoamericanos, especialmente los del área de ciencias sociales y humanidades, afirman casi siempre que no existe una comunidad científica en sus países por los problemas estructurales de los sistemas de educación superior, pero si leemos con cuidado este libro y revisamos el aparato crítico de los diferentes trabajos, podemos constatar que por lo menos en historia de la educación se está conformando esta comunidad. Los autores tienen preocupaciones semejantes, referente a los enfoques teóricos y al futuro de la disciplina, citan los mismos autores, etc. El libro muestra lo que anuncia al principio: semejanzas en la búsqueda de la teoría, de la metodología, en las dificultades del trabajo archivístico en los archivos latinoamericanos descuidados, la falta de archivos, pero diferencias cuando se llega a la realidad de cada país.

Los autores que contribuyeron con sus trabajos a la

publicación de este libro dan ejemplo de la diversidad de enfoques disciplinarios, ellos son historiadores, sociólogos, politólogos, pedagogos que trabajan en el campo de la historia de la educación.

A pesar de los indudables méritos del libro, sería deseable la colaboración de un autor mexicano, lo que hubiera dado mayor amplitud al enfoque teórico. Seguramente hubieran encontrado muchas semejanzas en sus preocupaciones y quizás algunas diferencias. Instituciones como la UNAM y el Colegio de México han apoyado durante muchos años investigaciones en el campo de historia de la educación, pero hacen falta estudios comparados. Los colegas mexicanos están muchas veces más cerca de los desarrollos en sus campos de saber en EUA o en Europa que de lo que acontece en el Cono Sur, y trabajos colectivos como este libro ofrecen un magnífico campo de discusión y de acercamiento entre los colegas latinoamericanos.